



El Padre Hurtado, sacerdote y ciudadano

Carlos Oviedo Cavada,
Arzobispo de Antofagasta

Evocar al Padre Alberto Hurtado Cruchaga, a los treinta años de su muerte, es un deber que va mucho más allá de quienes tuvimos la felicidad de conocerlo y tratarlo, sino que se vuelve compromiso con las nuevas generaciones de jóvenes chilenos.

La persona del P. Hurtado interesa en primer lugar a la iglesia. Él fue un religioso jesuita y sacerdote, cuya vida resulta un ejemplo alentador en el seguimiento de Jesucristo y servicio de la iglesia. Él hizo una clara opción por el Señor. Después de haberse recibido de abogado, y cumplido el servicio militar, ingresó a la Compañía de Jesús para ser sacerdote. Su ministerio sacerdotal lo llevó a recorrer todo Chile y, en su época, fue un sacerdote de gran influencia en la iglesia a lo largo del país.

Su relevancia, en segundo lugar, para todos los chilenos está en algunos aspectos de su vida sacerdotal que lo hacen un modelo de ciudadano. Aquí reside la necesidad de recordar al P. Hurtado hoy día.

El P. Hurtado adivinó en la juventud su fuerza y voluntad para construir un mundo mejor. Tuvo fe en la capacidad de los jóvenes para asumir ese ideal. Fue un decidido apóstol de la juventud chilena, a la que propuso la gran motivación de seguir personalmente, en la propia vida, a Jesús y, por eso, convertir en posible una sociedad futura más digna de todos los hombres. Su fe, su confianza y su dinamismo lo hicieron un líder de los jóvenes de Chile, y ellos se apropiaron de ese compromiso histórico. Eran los tiempos de la segunda guerra mundial y había que pensar en la nueva sociedad que se iba a gestar después de esa catástrofe que, aunque lejana de nosotros, iba a tener consecuencias en todo el mundo.

Su ideal cristiano lo ponía al servicio de la Patria. Su predicación a los jóvenes iba destinada a comprometerse con Chile. Sus palabras penetraban la realidad nacional. El hecho de haber cumplido el mismo con el servicio militar lo volvía como un ejemplo de su devoción a la Patria. En la juventud estaba su gran tarea.

Por razones que aún hoy día resultan difíciles comprender, la autoridad eclesiástica puso término a su trabajo con los jóvenes. Cualquiera se hubiera derrumbado, o rebelado, ya que esa obra apostólica era ya muy fecunda y se podían esperar todavía resultados mejores y de más vastas proyecciones. Pero, el P. Hurtado tenía un sentido vivo de la iglesia y él no se iba a oponer a su superior de la Arquidiócesis de Santiago. Sencilla y simplemente acató con fe esa orden, y después de un período de retiro y reflexión inició otra tarea grandiosa.

Dejando atrás su apostolado con los jóvenes, volvió su mirada y su vida hacia los hermanos más pobres de la sociedad. Nació el Hogar de Cristo con múltiples actividades: hospedería para los sin casa; hogares y escuelas de niños para quienes no tenían familia o no podían vivir en ellas; cuidar ancianos, etc. Después el Hogar de Cristo siguió desarrollándose y diversificando su actividad, según las necesidades de diversas ciudades de Chile.

Lo valioso y ejemplar del P. Hurtado fue no abastirse él mismo, e iniciar acciones tan importantes como las que emprendiera entonces. El hombre debe ser creativo, optimista y servidor, aun en medio de grandes problemas, porque frente y en medio de las desgracias del mundo no se debe excusar del esfuerzo de ayudar a los demás. Para la fe cristiana, el P. Hurtado cumplía el mandamiento de amar al prójimo, como signo del amor a Dios, y le daba todo lo que era capaz de ofrecer.

Su acción entre los niños vagos de Santiago fue de inmensa proyección, porque despertó la conciencia de hacer algo por ellos, más allá de las palabras de compasión. Así nacieron otras muchas obras al servicio de esos niños.

Chile vibró con el testimonio del P. Hurtado. A su muerte —prematura, pero que él la presentaba (recuerdo en un retiro en 1943 que él dijo muchas veces moriría joven)—, todo Chile se unió en homenaje a él y todos valoraron su aportación a la iglesia y a la Patria. Hasta las más diversas y encontradas corrientes políticas se reunieron esa vez, y en el cortejo fúnebre se confundieron los católicos y los no creyentes.

Esta es la lección para Chile hoy día. El P. Hurtado dedicó su vida a un gran ideal, con sacrificio y entrega total de sí mismo; comprendió vitalmente el significado y perspectiva de la juventud chilena, y le ofreció los mejores años de su vida; no se dejó abatir en la prueba y encaminó sus pasos hacia quienes más necesitaban el cuidado de la sociedad.

Fue creativo, optimista, servicial y decidido para emprender acciones en favor de los más abandonados. Su ejemplo fue incentivo para despertar otras fuerzas nobles en Chile en esa misma tarea. El país lo comprendió y hoy lo recuerda con respeto y gratitud. Y si la iglesia reconoce en el P. Hurtado un verdadero discípulo de Cristo, Chile tiene que ver en él un modelo de fe en su juventud y de generosidad en el servicio a los más pobres. El P. Hurtado fue un gran sacerdote y un gran ciudadano.

del Mercurio, Calama, 18-VIII-1982 p. 2.

El Padre Hurtado, sacerdote y ciudadano [artículo] Carlos Oviedo Cavada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Oviedo Cavada, Carlos, 1927-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Padre Hurtado, sacerdote y ciudadano [artículo] Carlos Oviedo Cavada.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile